

Puerta de Toledo

Llego tarde. Siempre llego tarde.

Bajo las sucias escaleras del metro mientras consulto el móvil. Tres mensajes se sitúan debajo de la hora. Los tres, provenientes del grupo de WhatsApp de mis amigas. Tras leer los urgentes mensajes acelero el paso.

Empujo a la gente que me impide pasar entre quejas y golpes y finalmente llego a la estación correspondiente. No hay mucha gente, y todavía quedan cinco minutos para que pase el metro, así que me siento. La cabeza me da vueltas, me he recorrido medio Madrid en media hora y me duele todo.

Una voz anuncia que el metro aparecerá en dos minutos. Me levanto con una mueca y me sitúo frente a las vías. Asomo la cabeza ligeramente y escucho al tren moverse desde la estación anterior. La poca gente que hay se empieza a repartir por el andén mientras las luces se empiezan a ver por el pasillo.

Repentinamente, noto algo muy cerca de mí. Es un hombre, alto y corpulento. Está cerca. Muy cerca. Demasiado cerca. Intento moverme hacia un lado, pero él me sigue. Miro a mi alrededor en busca de ayuda. Una mano fría me roza la parte superior de la pierna. Necesito ayuda ahora mismo. A la desesperada, le doy un codazo a la persona que tengo al lado, que me mira de reojo.

Es un chico de mi edad, con pelo y ojos oscuros, que contrastan con su piel pálida. Por un momento me sonrojo, pero un apretón en la pierna me devuelve a la realidad.

Le agarro del brazo con mi mano con la esperanza de que lo entienda. Esta vez me mira directamente y yo giro levemente la cabeza hacia el hombre que me está acosando. El chico abre los ojos mucho mientras que tira suavemente de mí hacia su dirección, abrazándome los hombros con su brazo. Su mano es delicada y sus dedos se agarran a mí firmemente.

La fría mano se detiene y me mira mientras que el chico, que todavía me agarra, le hace una señal para que se vaya. El hombre le mira de vuelta y tras

una mirada fulminante, sale del andén.

Los dedos del chico se me siguen clavando en el brazo mientras que miro al suelo. Tras un momento, me suelta y yo casi pierdo el equilibrio. Le miro tímidamente mientras el tren llega y se para enfrente de nosotros.

-Gra- gra- no consigo ni vocalizar una palabra, por no mencionar que creo que mi cara está de tono carmín.

-¿Estás bien?- me pregunta el chico agachando la cabeza levemente para mirarme a los ojos, lo que hace que me ponga aún más roja si cabe. Asiento a falta de palabras mientras que me muerdo instintivamente la punta de mi uña. Siento que estoy flotando. Parece que todavía siento sus dedos sujetándome. Cuando creo que ya puedo vocalizar, levanto la cabeza en dirección al chico con intención de darle las gracias, pero cuando lo hago, solo me encuentro el andén vacío. Miro hacia las vías y veo las lejanas luces del metro avanzando hacia la siguiente estación. No pienso coger otro metro en una temporada, tendrán que quedar sin mí.

Lentamente, giro sobre mis talones y me dirijo a la estación de autobuses, aún con la imagen de ese chico en la cabeza.

Ya han pasado dos meses desde lo que me pasó en Madrid. No he vuelto a ver a aquel chico, pero sigo acordándome de él. Todo el tiempo.

Las cosas han cambiado bastante desde entonces. Ahora, solo tengo padre.

Todas mis amigas me ignoran y se apartan de mí desde que las dejé tiradas en Madrid. Papá dice que es mejor que me aparte de esas personas, porque no me quieren por ser yo misma. En parte tiene razón, pero eso de no tener amigos no es lo más práctico del mundo que se diga.

Miro al blanco techo de mi habitación mientras que me coloco los cascos.

Ahora, solo salgo de casa para ir al instituto. Y solo cuando mi padre se asegura de ello. Estoy a una falta de la expulsión y mis notas...

Al principio de los días de colegio, iba pensando que lo de ayer fue la típica

broma de varias personas. Pero la broma continuó. Un día, una semana, un mes...

Ahora, lo que pienso es que antes me escapó de casa que volver al instituto. Además, no tengo libros, ni cuadernos ni estuche. Así que... ¿qué podría hacer?

Levanto mi brazo izquierdo mientras que me aparto la manga de la sudadera. Parece que ya se están cicatrizando, pero aún así, conservan su tono rojizo. Si mi madre estuviera aquí, ya se habría dado cuenta y me habría llevado a un psicólogo o algo así. Pero no está.

Empiezo a notar las lágrimas correr por mis mejillas, así que bajo el brazo y cierro los ojos hasta que viajo a un mundo donde no le pasa nada a nadie y mamá todavía vive.

Tras unas horas durmiendo, un pitido repentino me despierta. Una notificación de Facebook. Abro la aplicación mientras que leo el texto que me aparece en la pantalla.

Tras leerlo un par de veces, me levanto y me recojo el pelo en un moño mientras pienso en algo. Ya ni siquiera siento tristeza o rabia. Tan solo un sentimiento llena mi cuerpo mientras que escribo el mensaje y lo publico. Creo que ya no me quedan más lágrimas.

Al día siguiente, ahí estoy de nuevo. En la misma estación que ocurrió aquel "incidente". Y en la misma que vi al chico que se me aparece todos los días. Hay demasiada gente hoy, ya que es sábado. No se puede ni andar, pero aún así, consigo entrar en el metro y agarrarme a una barra de la pared. Hay una mujer que me está mirando asustada. Creo que ha notado lo que yo noté hace ya meses, lo que se suele llamar "mirada perdida".

Las estaciones van pasando y yo voy sin rumbo.

Finalmente, pasamos una estación en la que se baja un montón de gente y el metro se queda prácticamente vacío. El metro sigue avanzando y llega a la

siguiente estación. Está prácticamente vacía. Aquí está mi oportunidad. Abro la puerta y me bajo. El metro sigue su recorrido y miro hacia el cartel que se sitúa encima del banco del andén.

“Próximo tren: 5 minutos”. Perfecto. Me siento en el banco y me miro la mano. Me doy cuenta de que que estoy temblando. Sin embargo, no siento miedo. Al contrario, siento que es lo que tengo que hacer. Por lo visto, mi cuerpo no siente lo mismo.

Empiezo a pensar que a lo mejor esto no es tan buena idea, que a lo mejor lo puedo solucionar de alguna forma, pero ante ese momento de debilidad, mi brazo empieza a escocer terriblemente y me devuelve a la realidad.

La gente se empieza a levantar y se empieza a escuchar el metro venir por el túnel. Yo también me levanto, al principio perdiendo el equilibrio por el temblor de mis piernas, pero luego avanzando firmemente. Me aproximo a la línea amarilla mientras que me asomo por el túnel. Ya se ven las luces.

Respiro hondo mientras que siento náuseas y me echo hacia atrás. Los faros del metro ya vienen de frente. Es el momento. Corro hacia el borde del andén y salto mientras que me deslumbro con las potentes luces.

Dicen que toda tu vida pasa delante de tus ojos cuando estás en tus últimos momentos de vida. La cara de mi madre aparece ante mi, jugando con una niña pequeña a la que acaricia el pelo mientras que mi padre graba por detrás riendo. Luego, mi grupo de amigas aparecen saludándome desde una colina. La colina donde solíamos contárnoslo todo.

Me siento como flotando mientras que recuerdo las palabras que llevo pensando todo el día. “Si hago esto, es por todos vosotros. Por todas las veces que me habéis humillado e insultado. Eso me estaba matando por dentro, de nada sirve estar vivo por fuera si tu interior ya no lo está. Gracias a todos”.

Oigo la bocina del tren junto con voces que gritan horrorizadas mientras que sonrío. Todo este sufrimiento se va a acabar. Nadie me necesita. Mamá, ya no vas a estar sola más.

Algo me saca de mi ensoñación. Algo que me agarra bruscamente de la parte trasera de la sudadera y tira de mí fuertemente. Caigo hacia atrás sobre el andén mientras que el tren pasa a centímetros de mí. Me dejo caer sobre la espalda mirando a las figuras distorsionadas que me rodean.

Trato de mantenerme consciente, pero al final, una oscuridad superior a mis fuerzas me arrastra y caigo dormida.

Todo está oscuro y siento como si estuviera flotando. Si esto es estar muerto, no entiendo por qué la gente se asusta tanto. Floto sin rumbo en la oscuridad mientras que intento recordar lo que ha pasado. Lo último que recuerdo son las luces del metro y los gritos y de repente una fuerza tirando de mí hacia atrás. ¿Lo habré conseguido? ¿Me habrá arrastrado la muerte? Pero el caso es que no recuerdo el dolor del tren contra mí.

Oigo un suave murmullo que amenaza con sacarme de este sueño. No quiero. Intento con todas mis fuerzas mantenerme flotando, pero las voces se hacen cada vez más claras.

-Y entonces la vi saltar y la agarré de la sudadera y tiré de ella- esa voz me resulta familiar... es un tono grave y tranquilo.

-Vaya- esta vez, la voz es un tono más agudo- ¿y cómo supiste lo que pasaría? Por un momento se hace un silencio. Primero pienso que el motivo es que he vuelto a dormir, pero luego me doy cuenta de que la persona que habla está vacilando.

-Pues es que...- la voz se ve interrumpida por un golpe seco.

-Oh Dios mío- en cuanto oigo esas palabras ya sé de quién se trata. Intento abrir los ojos con más empeño pero no lo consigo. Noto que un peso cae sobre el final de la cama mientras que trato de mover algo. Una pierna, un dedo.

-Bueno, yo ya casi que me voy- la voz vuelve a irrumpir en la habitación. Oigo unos pasos alejarse mientras que la oscuridad trata de volverme a llevar. Me resisto y finalmente consigo mantenerme consciente.

-¡Espera!- la voz de la enfermera retumba en mis oídos- es el padre de la chica, solo cuéntale que ha pasado. Noto que el peso que hace un momento estaba al final de mi cama se levanta bruscamente.

-Por favor- la voz de mi padre es de súplica- tan solo...- noto su voz quebrarse y se me cae el alma a los pies. Tras aclararse la garganta lo vuelve a intentar- tan solo lo que ha pasado.

Espero a escuchar los pasados acontecimientos. El silencio se alarga demasiado y empiezo a perder la paciencia.

-Bueno bueno- de repente, una voz más ronca aparece en la conversación- ¿qué tal está la chica?

-Él lo sabe- la voz del chico suena cada vez más lejos- Tengo que irme- los acelerados pasos se empiezan a oír, ya lejanos.

-Pero...- mi padre no termina la frase.

-¡Lo siento mucho!- la apagada voz del chico suena sincera. Desde luego tiene que tener prisa de verdad.

Los pasos dejan de oírse y mi padre suspira.

-Por favor, ¿alguien me puede contar cómo ha acabado mi hija en un hospital?- pregunta mi padre de nuevo.

-Señor cálmese- el médico trata de tranquilizar a mi padre, que respira agitadamente- su hija sigue viva de puro milagro. Bueno, gracias a ese chico.

-No entiendo...- yo tampoco.- ¿Puedo saber qué ha pasado?

Contengo la respiración mientras que aguardo a que el médico de el nombre de la persona que me salvó la vida.

-Según lo que nos ha contado- comienza a relatar el médico- su hija... bueno, no estaría pasando una buena racha. O... a lo mejor fue un accidente... el caso es que se lanzó hacia las vías del metro en Puerta de Toledo. El chico la agarró y tiró de ella.

Mi cabeza esta llena de preguntas, pero mi padre formula la más importante.

-¿Quién es?- espero ansiosa la respuesta mientras que el médico suspira.

-No lo sabemos- frustrada, maldigo en mi cabeza- Bueno... los únicos datos que nos ha querido proporcionar han sido un poco ambiguos. Sus palabras han sido "el chico del metro. Dígame que soy el chico del metro, ella sabe quién soy".